

XX

¡No, no; escuchá! Yo podría decirte que la marina mercante nacional tiene 2073 unidades, con una capacidad de 1.411.000 toneladas. ¡Tres veces las cifras de 1946! Pero no, no; yo no sé manejar cifras, y de pronto ni vos ni yo las entenderíamos y mi estadística resbalaría sobre tu cena de estos momentos —¡buen provecho!— sin impresionarte. Yo prefiero decírtelo de otra manera, más deportiva y accesible. En estos momentos la flota de tu país es la tercera del mundo. ¿Oís? La *ter-ce-ra*. ¿Qué te parece? Hace años, cuando éramos la factoría de aquellos patronos coloniales, ahora por suerte suprimidos; cuando cada una de nuestras provincias era un aperitivo para los consorcios, vos metías en el agua todas las unidades de la flota, ¡todas!, y estábamos como para correr una regata —¡correrla y perderla, claro!—. Y en el campeonato del mundo, nosotros —¡los que ahora marchamos terceros!...— entonces nos debatíamos en el último puesto de la tabla, allí donde arde pavorosamente la fogata del descenso. ¡Y ahora, *terceros*! Terceros y en pleno embalaje de amor y de esperanza, escalando posiciones, como dicen los cronistas. Perdonáme que reduzca los problemas de Estado a una comparación dominguera, pero el subconsciente me ha llevado a estas metáforas

que huelen al pastito del área penal. ¿Y sabés por qué el subconsciente? ¡Porque hace años y años, esto tan importante y precioso, esto que ahora es una patria era realmente un club! Olvidáte qué camiseta usaba, qué colores tuvo y cuántos goles le hicieron. Brilla, de otra manera los colores de hoy.

Claro, vos veías barcos. ¡Ponchadas de barcos, países de barcos! Cientos de capitanes, pero ¿en qué idioma hablaban los capitanes? ¿Cómo que no te acordás? Yo sí me acuerdo. Ibas al puerto y volvías al centro con una fragata al hombro. ¡Tantas había! Montones de barcos, familias de barcos ¡pero de otra bandera, claro! Y no venían a traerte el mensaje de su generosidad, sino que venían a buscar la sometida caravana de tus frutos. En algún lugar de esta tierra jugosa, un producto surgía verde y potente, buscando un cielo entonces hipotecado. Pero en ese lugar —¡solar criollo!— también hablaban otro idioma. Y a ese producto lo cargaban en ferrocarriles que no eran tuyos, ferrocarriles que terminaban justito frente a los barcos, que tampoco eran tuyos. ¡No me digas que no me entendés! No, vos no podés contarme que no entendés. La carne de las vacas serviciales, los cajones de la fruta que olía a gloria, materias primas o elaboradas, todo lo tuyo, lo legítimamente tuyo, entraba en las bodegas de las flotas extranjeras y desaparecía en el mundo mientras vos te quedabas en la costa, contemplando con los brazos caídos esa desaparición y viendo enflaquecer tus hijos. Hoy podés quedarte tranquilo y dejar que tu tierra transpire el milagro de su abundancia sin límites. El fruto irá primero a tu mesa y luego entrará en los ferrocarriles —¡tuyos!— y se detendrá en el hermoso puerto de los barcos —¡tuyos!—. La flota que te dieron, la flota que en una de esas gana el campeonato, sabe adónde llevar los excedentes. ¡Andá, subí al barco, hablá con el

capitán y verás qué bien se le entiende! Es tu primo, mi hermano, el amigo de Pepe, otro como vos y yo, claro, con gorra, pero igual que nosotros. Argentino como la bandera que está en la punta del palo mayor, argentino como el paquete que viaja en la bodega ¡para cumplir un destino argentino también! ¿No entendiste todavía? ¡Vamos, si todo está clarito, si los cuatrocientos barcos de hace cinco años ahora son dos mil y todos tuyos! Agarrá los remos y date una vuelta en el bote que elijas, ¡todos tuyos! ¿No entendiste todavía? ¡No, a mí no me la vas a contar!

XXI

¿Me escuchás, Mordisquito? Hoy necesito hablar con vos; y con vos, ya sabés cómo hablo. Sin malquererte. Sin perseguirte. Tratando de quebrar la cáscara de tu terquedad y llegar hasta la pulpa misma de tus sentimientos, ¡que los tenés y de sobra! ¿Cómo no vas a tenerlos si sos otro argentino como yo? No, Mordisquito; hoy vamos a hablar juntos, vos y yo contra otros. Hoy tu dolor entrará en el mío y le pondrás el hombro a mi tristeza para que los dos suframos frente a la aberración de otros. ¿Oíste qué palabra te alcanzo para que hagamos con ella un dúo de incredulidad y de pena? *Aberración*. Porque hubo un crimen. El de las tinieblas, que es el más despreciable de todos. El de la cobardía y la infamia. Una máquina para la muerte, deslizada allí, en una vía cualquiera, a la espera de cualquier vagón, ¡no la venganza contra alguien, sino el estúpido atentado contra cualquiera! Vení, Mordisquito, esta noche seremos amigos, aunque vos no lo quieras. ¿Sabés por qué amigos? Porque vos y yo no queremos creer en eso, en lo que pudo pasar. Porque los dos estamos todavía estremecidos por el presentimiento de los que pudieron morir.

¿Indignación? No, no. Pena. Inmensa pena. ¿A quién podemos dirigirnos vos y yo? ¿En el centro de qué sombra

se esconde el horror de los culpables? Es distinto hablar de vos que hablar de ellos. Sé adónde ir a buscarte, qué vas a decirme y qué te voy a contestar. Pero a ellos, los criminales de ese atentado sin heroísmo, los cómplices de esa aventura que no tiene perdón, ¿dónde encontrarlos? ¿A qué cara asomarnos, a quiénes pedirles cuenta por esta felonía sin comparación? Yo no entiendo que alguien mate a alguien. La guerra es una miserable costumbre de los déspotas y la muerte no merece resolver ningún problema. Pero al que mata de frente, aunque sea un asesino, a ése también lo juzgamos de frente. ¿Y cómo podemos juzgar a los inspiradores o a los subalternos de este crimen absurdo? No, Mordisquito, no. Yo podría llegar fácilmente a la emoción llorosa de los que me escuchan diciendo que en ese tren que pudo volar hecho pedazos había madres. No, no; sería un recurso barato y profesional, indigno de este dolor, este sincero dolor con que te hablo. Digamos que allí viajaban... amores. De todos los tamaños. De todas las clases. Cada uno de aquellos que pudieron ser víctimas de un rencor inhumano era el amor de alguien. Cada uno de nosotros, por pequeño y triste que sea, es el amor de alguien, de alguien que nos quiere, y nuestro drama es su drama o, por lo menos, su melancolía. Pero los resentidos que quisieron vengarse, no de vos o de mí sino de una tremenda idea que no cabe en ellos, por eso mismo, porque es tremenda; esos resentidos no pensaron en la absurda matanza de los inocentes, sino en el desquite de sus pasiones oscuras. ¿Pero desquite contra qué, contra quién? No, no, yo no entiendo, no quiero entenderlo, y vos, que a veces no entendiste otras cosas, hermosas y evidentes, tampoco querrás entender todo esto, tan tenebroso y tan infame. Mañana, mi amigo, mi teco y querido enemigo, quizás vos y yo volvamos a lo

de antes. Pero esta noche, en este dúo de tu pena y la mía, sé que nos hemos comprendido por primera vez. Porque vos... vos no vas a contarme que ahora no estás junto a mí, hombro con hombro, dolor a dolor. No, no. ¡A mí no me la vas a contar!

XXII

Mirá, cuando vos y yo íbamos a la escuela —¡parece mentira decirlo!—, cuando vos y yo íbamos a la escuela, —¿dónde quedó todo eso? ¿Y dónde quedó lo que aprendimos?—. ¡Bueno! Cuando vos y yo íbamos a la escuela, con un redoble de valijas en bandolera y un chaschás de jarrito de aluminio que se desarma; cuando vos y yo viajábamos maravillados en la historia de Grosso y aprendíamos, por ejemplo, que Colón era hijo «de un humilde cardador de lana». ¿Te acordás? No del padre de Colón, de la historia de Grosso. Cuando vos y yo resolvíamos problemas a base de vacas que consumen equis kilos de pasto o comíamos ruidosamente el pancito de la cooperativa —en esa época de la zarzaparrilla fumada a escondidas—, vos, yo, tus amigos y los míos, toda aquella preciosa fauna con guardapolvos, aprendíamos una lección geográfica, la que habían aprendido nuestros padres, la que seguirían aprendiendo nuestros hijos: «La República Argentina está dividida en catorce provincias, diez gobernaciones y un distrito federal». ¿Te acordás? ¡Cómo no vas a acordarte! Colgado del clavo que estaba sobre el pizarrón, bajaba hasta tu alegría de cachorro el mapa de la patria heredada, con la nariz rosada de Misiones, la bota amarilla de Santa Fe, el espinazo tremendo

de la cordillera, la rabia camorrera de las Malvinas y aquello tan gracioso de «ensenada de Samborombón». Dentro de ese mapa existían dos gobernaciones que nos preocupaban más que otras —¡vos no te habrás olvidado por qué!—. La maestra nos decía: «Niños, La Pampa y el Chaco están en condiciones de ser provincias». A nosotros aquella desventaja nos indignaba. ¿Y si podían ser provincias, por qué no eran provincias? ¿Había derecho? ¡No, no había derecho! Claro, para qué vamos a engañarnos: nosotros entendíamos de una manera vaga y general qué diferencia había entre una provincia y un territorio. No teníamos un sistema político para medir la injusticia de la postergación; veíamos el problema a través de nuestra inocencia con sabor de gofio, y como adorábamos el mapa de la patria y como para nosotros vivir en una gobernación era una forma de jugar en segunda, aquella melancolía de los territorios olvidados, aquella pena de las cenicientas gauchas era nuestra pena y nuestra melancolía, era una confusa indignación de criatura que no entiende pero que presente, y tu presentimiento, el mío, el de toda la pandilla saludable y barullera, tenía dos mojones: uno que se llamaba Resistencia, y el otro, Santa Rosa de Toay.

Y bueno, ahí tenés el mapa de los años perdidos. Ya no está la maestra que nos domesticaba con sus espuelas de seda. Ya los jarritos no son de aluminio sino de material plástico. Ahora no sos vos sino tus hijos quienes resbalan por la tabla del cuadro, y ahora cuelga del clavo reluciente el mapa de las dieciséis provincias. No me digas que no. El día que los ciudadanos de La Pampa y el Chaco salieron a la carrera, gritando con una preciosa alegría en alto, hubo en el pibe que todos guardamos bajo los escombros de los años un alivio —eso hubo—, un suave desquite, un lejano sueño cumplido.

Mirá, yo no voy a hablarte de las promesas que durante años y años hicieron los gobiernos que no miraban hacia tierra adentro; ni voy a decirte, con estadísticas, por qué esta consagración de los dos territorios, además de un hermoso acto de justicia es un momento histórico para la transformación social de tu país. Dejáme que vuelva contigo al salón de clases, al rescate del sábado, al pancito de la cooperadora, a la antigua lección de... «catorce provincias, diez gobernaciones y un distrito federal». Sí, ya sé, ya sé. Vas a decirme que todo esto es demasiado importante y que mi recuerdo, en cambio, es demasiado personal y muy pequeño. Pero ¡es mío!, ¿sabés? Mío y tuyo. Una nostalgia rezongona de maestra fantasma que nos murmura —¿te acordás?—: «La Pampa y el Chaco están en condiciones de ser provincias». Claro, ya lo sé: un ansia infantil, una despeinada rabia de criatura. Pero sé que este recuerdo te está penetrando y te está conmoviendo porque vos no podés decirme que este recuerdo no es al mismo tiempo ternura e historia. ¿Vos, que tenés mi misma edad? ¡No, vos no podés decírmelo! ¡A mí no me la vas a contar!

XXIII

¿Qué? ¿Leíste los diarios? Yo también los leí. ¿Viste qué linda noticia? Acaban de entregar la primera libreta sanitaria. ¿Sabés dónde? En Tierra del Fuego. No te hablo de Burzaco o de San Andrés de Giles o de Curuzú Cuatiá. Te hablo de Tierra del Fuego. ¿Te acordás dónde queda? Allá donde la tierra le da una patada al océano. Ahora hay libretas sanitarias donde antes no había nada más que penados y pingüinos. Aquel rincón austral que era solamente un cepo para la infamia. El depósito de la indignidad. Un territorio tirado en el rincón de los cachivaches. ¿Y para qué te voy a contar lo que és ahora? Soplaron un silbato de amor, tocaron una campana de amor y un tren sanitario caminó trocha arriba, conducido por un maquinista ¡que también es amor! Ahora vuelan los vagones llevando a todos los ángulos de esta patria sin límites un precioso mensaje de salud. Un mensaje para que lo aprovechen desde San Antonio de los Cobres hasta la vieja Ushuaia. Una libreta que lo mismo se abre en la hornalla chaqueña que en la heladera fueguina. Es hermoso todo esto, ¿verdad? Hermoso y sincero. No se trata de la aspirina que te tiran como una limosna. Es otra cosa, ¿sabés? Es una manera afectuosa de meter una inyección en un brazo como quien pone una flor en una solapa. Es

recibir al enfermo como una visita preferida y hacerlo salir del vagón con la radiografía puesta. Es curarte y sonreírte. Es como escribir tu diagnóstico en verso y atarle un moñito a la aguja plateada de la transfusión.

¿Y esto no te emociona? ¿No? Claro, vos siempre tuviste el médico a mano. Te vino un resfrío y te hicieron consulta. En tu familia siempre existió ese amigo con diploma a quien la costumbre le llama *médico de cabecera*, y en la farmacia de la esquina te prepararon la receta pesándote los ingredientes en una prolija balancita de cobre. En tus condiciones y en tu medio daba gusto estar enfermo, palabra. ¡Qué lindo! ¡Era encantador sentirse mal! Te acostabas en una cama llena de almohadones y las tías preguntaban por teléfono. Porque, vos, fijáte que las tías siempre preguntan por teléfono. A tu alrededor flotaba la atmósfera de la comunidad y del amparo. ¿Cierto que sí? Para tu solvencia de paciente que puede hacer rodar la píldora, la neuralgia era un *picnic* y la apendicitis un *week-end*. Por eso no podías pensar —¡no podés pensar!— en el drama sin belleza de los enfermos en serio, a quienes no se les sienta un médico a la cabecera de la cama, sino la muerte a los pies del catre. Todo ese problema de las regiones castigadas por una fiebre endémica o por esa trágica enfermedad que se llama *hambre*; todo ese problema ignorado ¿qué podía interesarte si, precisamente, lo ignorabas? Te hablaban de una epidemia y pensabas en la gripe porteña, no en el paludismo o la brucelosis. No, vos no podías pensar. No porque fueras malo, ni siquiera incompasivo, sino porque tenías la negligencia del que vive bien y está muy lejos de los que mueren mal. Pero ahora lees lo que yo leo, sabés lo que yo estoy sabiendo, y no me digas que tu encogimiento de hombros responde a un telegrama de tu corazón. No, a mí no me vas a contar que tu corazón no recoge con

gratitud y con alivio este viaje optimista que llega a la avenida General Paz y vuelve, sino que sigue alegremente ya sabés hasta dónde: Socompa, la Puna de Atacama, Tartagal, San Diego, Tierra del Fuego, ¿sabés? ¡Tierra del Fuego, con su primera libreta sanitaria ahora, y con su frialdad desheredada antes! Ponéte junto a la vía, no te encojas de hombros para mantener una absurda resistencia de tus sentimientos y mirá esta reluciente caravana de la salud, mirála con todo el amor que se merece, porque eso es lo que lleva: amor. ¿Verdad que sí, que vas a hacerlo cuando yo no te vea? Porque aunque te avergüence dar tu brazo a torcer, no me digas que no has comprendido todavía. ¡No, a mí no me la vas a contar!